

Diez minutos despues estaba en brazos de Teresa.

—Vamos, querida, ¿estás contenta? me dijo.

—Maravillada; y sobre todo por el modo delicado con que ha sido hecho todo.

—¡Oh! En cuanto á eso, dijo Teresa, puedo responder; he sido consultada en todo y he dado mi opinion para todo.

—¿Pero tú has visto la casa?

—¡Ingrata! ¿No has conocido en los menores detalles la mano de una mujer y de una amiga, de una amiga un tanto egoista, porque habrás visto que tu berlina no tiene más que dos asientos? No quiero que cuando vayamos al bosque se mezcle en nuestra intimidad un tercero para impedirnos nuestras confidencias las más secretas.

—Pues bien; ¿quieres empezar hoy? Mi carruaje está abajo; tú estás vestida, yo tambien; vamos á dar una vuelta.

Subimos en mi berlina y nos dirigimos al bosque.

Confesaré que este paseo en un carruaje mio y con la mujer más hermosa de Paris me causaba un encanto inexplicable. ¿No era yo aquella niña idiota hasta la edad de siete años, en la creacion de la que dia por dia y hora por hora se ocupó mi amado Jacobo? ¿La que un dia separaron de vuestro lado para llevarla al lado de una tia quisquillosa en una calle sombría de la ciudad de Bourges, y reclamada despues por su padre para que fuera al extranjero, llegó á Maguncia para leer el sumario de su ejecucion, y partió con su tia, yendo á encerrarse en una triste casa de Viena? Sola más tarde y llena de esperanza partió para su patria, para Francia, con el objeto de buscarte, mi Jacobo, y cuando llegó supo que habias partido, que tal vez habias muerto. Agobiada por estas noticias continué viviendo, pero acercándome á la miseria y á la tumba.

Nadie ha tenido un pié tan cerca del sepulcro como yo, del que me sacó un milagro, el que me devolvió, no solo la vida, sino la libertad, la fortuna y todo lo que puede ser más agradable.

¿No era esto suficiente para trastornar la cabeza de una pobre niña que habia sido idiota siete años? Dios ha sido para mí muy bueno: perdóname, mi Jacobo, muy cruel.

XXXVI.

El manuscrito.

(Continuacion.)

No sé, si algun dia llegas á leer estos renglones, si comprenderás, mi amado Jacobo, lo que por mí pasaba.

Sentía una turbacion extraña, igual á la que sentiria un hombre que hubiera permanecido en un cuarto aspirando los vapores de licores fuertes y que sin haberlos acercado á sus lábios se embriagara.

En mi espíritu habia algo vago y en mis ojos tambien, lo que me atraia atenciones y cumplidos que no comprendia.

El dia en que festejamos mi entrada en la casa de la calle de la Victoria me hicieron improvisar en el piano cosas que me parecian una locura, pero que habian admirado á todos.

No hay veneno más sutil y que se impregne más pronto en las venas que el de los elogios.

Nadie sabia destilar ese veneno gota á gota como Barrás. La música tiene sobre mí esa fatal influencia que me priva de la razon.

Quando caia en ese estado cataléptico, lo que siempre me sucedia despues de mis improvisaciones, quedaba por completo á merced de aquellos con quienes me encontrara.

Las ocupaciones diarias me predisponian demasiado á este peligroso estado.

Todos los dias estábamos de fiesta. Paris, al verse libre del caldaso, parecia entrar de nuevo en la vida para gozar eternamente.

Por la mañana, los amigos se felicitaban por encontrarse vivos y se visitaban.

A las dos, paseo por el bosque, en donde se encontraban personas por las que anteriormente nadie se atrevía á preguntar; los carruajes se detenían, se pasaba de unos á otros, y los que los ocupaban, se estrechaban las manos, se abrazaban, se prometían verse con frecuencia, se convidaban á bailes y saraos para olvidar lo que habían sufrido.

Todas las noches había grandes reuniones, ó en casa de madama Recamier, ó de la señora de Staél, ó de la de Krudner, y despues varios bailes en los que las señoras de buena sociedad jamás habían entrado y en donde entonces entraban.

No solo gozaban la alegría de vivir, sino que deseaban ser felices viviendo.

Algunas mujeres de las que nadie había tenido nada que decir, salían solas con hombres que se les daban por amantes, pero sin fijarse en ello; cuántas relaciones se formaron en aquella época, que un año antes ó un año despues hubieran escandalizado á todos.

Además se ocupaban de literatura, cosa desconocida durante cinco años.

De un amor humano salían héroes nuevos, que se llamaban *René Chactas*, *Atala*; había modernos poemas, que en lugar de titularse los *Abencerrajes* ó *Numa Pompilio*, se llamaban el *Genio del Cristianismo* y *Los Mártires*.

El oro, ese metal que huye y se oculta con las revoluciones, parecía que entraba en París por caminos nuevos y desconocidos.

A la vista del oro, los comerciantes se fascinaban y vendían con empeño febril; dando las cosas por su precio corriente, parecía que las daban por nada.

Las mujeres se cubrían con alhajas, encajes y mil invenciones de la moda y del lujo.

Lo que sucedía se parecía á lo que refiere Juvenal de los tiempos de Mesalina y de Neron.

En voz alta se preguntaba á las señoras solteras ó casadas por

sus amantes y por sus maridos. Era una mezcla original de sencillez é impudor.

¿En dónde se apoyaron las felices criaturas que escaparon á la influencia de aquellos días de inmoralidad?

Sin duda tenían creencias ó supersticiones que les prestaban fuerza para resistir.

Mi fuerza estaba en tí: tú estás ausente; ignoro si te volveré á ver.

Te amo siempre, pero con un amor solitario y sin esperanza, el que, más bien que defenderme, me enardece.

Recuerdo haber despertado muchas noches llamándote á mi socorro; no estabas allí, y me volvía á dormir estenuada de fatiga y de una lucha que no comprendía.

Con frecuencia le refería á Teresa el estado extraño en que se encontraba mi alma y mi cuerpo, y ella sonreía, me abrazaba; pero nunca trató de levantar el velo que me impedía leer en mí misma; jamás me dió un consejo que pudiera reprochársele.

Todos los hombres más elegantes de su época parecía que se citaban á donde yo iba, y por todas partes á mi llegada escuchaba un murmullo de admiración. Las mujeres, cuya reputación era sin mancha, se entregaban á placeres propios de bailarinas ó de actrices.

Teresa representaba admirablemente; la de Recamier bailaba la famosa danza del chal, que pasó al teatro y que hizo furor. A mí me hacían cantar ó improvisar en el piano; mis inspiraciones musicales podían dar una idea de lo que en mi interior pasaba, pero débilmente, pues ningún canto, ninguna poesía, ninguna palabra era capaz de retratar el estado tumultuoso de mi corazón.

En derredor mio escuchaba palabras como estas.

—¡Qué lástima que una persona tan predispuesta para el teatro sea una gran señora con un millon de fortuna! ¡Ah! ¿Por qué os han devuelto vuestros bienes? Entonces os hubiérais visto obligada á recurrir á vuestro talento, y en lugar de perteneceros, pertenecierais á todos.

Empezaba á sentir no haberme lanzado en la vida animada y ar-

diente del arte. Por lo ménos mi alma hubiera combatido, hubiera luchado, hubiera sufrido: ¿comprendeis, amigo mio? Yo, que tanto habia sufrido, necesitaba sufrir más todavía.

Desgraciadamente Teresa ayudó sin saber á la aspiracion de amor y sufrimiento que sentia.

Estaba muy en moda representar la tragedia y la comedia en los salones. Barrás y Tallien eran muy amigos de Talma, y les rogó que la presentaran al grande artista, al que deseaba pedir consejos para la tragedia.

Se le convidó, y Talma no se hizo de rogar.

Fué primero á casa de Teresa. Estaba entonces en todo el apogeo de su juventud, de su belleza y de su talento. Era un hombre distinguido en todos conceptos: jamás habia visto tan cerca á un actor, y fué para mí un objeto de curiosidad.

Mi asombro fué infinito cuando ví que poseia la cortesía y la delicadeza de un hombre del gran mundo.

Al ver dos mujeres tan jóvenes como Teresa y yo, creyó que éramos dos niñas caprichosas que querian ponerse en ridículo haciendo papeles de comedia.

La esposa de Tallien estaba en su tocador cuando Barrás entró acompañando á Talma, con el que me dejó sola para ir á activar la compostura de Teresa, lo cual era un asunto grave.

Yo estaba muy conmovida, no por encontrarme sola con un actor, sino por tener que contestar á un hombre de talento.

Se adelantó hácia mí, me saludó y preguntó si era yo quien deseaba tomar lecciones suyas.

—A un hombre como vos, caballero Talma, no se le pueden pedir lecciones, sino consejos.

Se inclinó.

—¿Me habeis visto representar? me dijo.

—No, caballero; os haré además una confesion original, en una persona de mi edad, ávida de instruccion y de goces: no he sido jamás del teatro.

—¿Es posible, señorita? exclamó Talma; ¿jamás habeis estado en el teatro?

Pero si no fuera porque salimos de una revolucion os preguntaria si saliais de un convento.

Me sonreí.

—Caballero, le contesté; ignorante en asuntos artísticos, no he deseado nunca veros. Teresa es la culpable. Mi educacion es diferente de la de otras mujeres; nunca he estado en convento, pero jamás he puesto los piés en el teatro. Si os dijera que las obras maestras de nuestros clásicos me son desconocidas, seria mentir; las sé de memoria, pero no me satisfacen.

—Dispensadme, señorita, me dijo Talma; pero me pareceis muy jóven aun.

—Tengo diez y siete años.

—¿Y ya teneis *opinion particular*?

—No sé lo que llamais *opinion particular*: juzgo por mis sensaciones, y creo que las grandes emociones en el teatro provienen de las pasiones grandes.

El amor me parece que es una de las pasiones más trágicas; pues bien se me figura que nuestros poetas dramáticos expresan el amor de un modo en el que se encierra más retórica amorosa que realidad del corazon.

—Dispensad, señorita, me interrumpió Talma; hablais de arte como si profesárais el verdadero.

—¿Luego hay uno verdadero y otro falso?

—Apenas me atrevo á confesarlo, yo que interpreto á Corneille, á Racine, á Voltaire; ¿pero hablais otro idioma además del nuestro?

—Hablo el inglés y el aleman.

—¿Pero los hablareis como una pensionista, no es cierto?

Me ruboricé por la duda del gran artista sobre mis conocimientos.

—Hablo el inglés como una inglesa, y el aleman como una alemana.

—¿Y conoceis los autores que han escrito en ambos idiomas?

—He leído á Shakespeare, Schiller y Goethe.

—¿Y no creéis que Shakespeare escribe bien el lenguaje de amor?

—Al contrario: encuentro tanta verdad en su *decir*, que esto sin decir me ha hecho injusta para los autores que han escrito despues de él.

Talma me miró con asombro.

—¿Qué decís á esto?

—¿Qué digo? me contestó, que estoy admirado de encontrar ese claro entendimiento en una jóven de vuestra edad; si no fuera indiscrecion os preguntaria si habeis amado mucho.

—Os contestaria que he sufrido mucho; le dije con amargura.

—¿Sabeis de memoria algo de Shakespeare?

—Sé todo lo más notable de *Hamlet*, *Otello* y *Julieta y Romeo*; ¿y vos, entendeis el inglés?

—He declamado en ese idioma antes de declamar el francés.

—Pues entonces os recitaré el monólogo de Julieta cuando el monge la entrega el narcótico que debe hacerla pasar por muerta.

—Ya escucho, me dijo Talma.

Empecé un poco conmovida, pero la energía de los versos me hizo recobrar aplomo.

«Adios. Dios solo sabe cuándo nos volveremos á ver; el terror me ofusca y me causa un vértigo, y la sangre se hiela en mis venas.»

Y continué recitando á Shakespeare hasta el punto en que Julieta bebe el narcótico y dice:

«Detente, muerte, detente en nombre del cielo: Romeo, tú Julieta brinda por ti.»

Durante este largo monólogo no me interrumpió Talma. Cuando concluí no me aplaudió, pero me tendió la mano y me dijo:

—Eso es maravilloso, señorita.

En aquel momento entraron Teresa y Barrás.

—¡Ah! ciudadana Tallien, ciudadano Barrás, siento que no llegarais antes.

—¿Por qué? ¿Habeis dado ya la leccion? dijo Teresa riéndose.

—Sí; la leccion está dada, pero soy yo quien la ha recibido. Siento, repito, que vos no hubierais disfrutado de haber oido á esta señorita recitar versos como no he oido jamás.

—¡Cómo! mi buena Eva, dijo Teresa, ¿será posible que seas trágica sin saberlo?

—Esta señorita es trágica, cómica, poeta y todo lo que se puede ser; con un corazon elevado y una alma apasionada; pero creo que es imposible encuentre en francés las entonaciones prodigiosas y naturales que ha encontrado en inglés.

—¿De modo que tú hablas inglés? preguntó Teresa admirada.

—Admirablemente; contestó Talma.

Ciudadano Barrás, me habeis rogado que viniera para dar algunos consejos á estas señoras; nada tengo que decir á esta señorita, y solo la indicaré que exprese como siente y nada más. Con respecto á la ciudadana Tallien, la ruego que primero escuche á su amiga y despues, si desea estudiar, estoy á su disposicion.

—¿Y cuándo escucharíamos á Eva? preguntó Teresa.

—En mi casa, contesté, cuando guste el caballero Talma.

—Mañana por la noche no me toca papel ninguno. ¿Teneis la magnífica escena del balcón entre Romeo y Julieta? preguntó el gran trágico.

—Sí.

—Pues bien, la repasaré; no me encuentro bastante seguro para declamarla con vos sin haberla estudiado; no convidéis más que á algunos amigos; ya sabeis que dicen que en los papeles de enamorado no estoy muy bien.

—Entonces, dijo Barrás, podríamos comer todos en casa de esta señorita; ¿no es mejor?

—¡Oh! no, dijo Talma; cuando declamo por la noche, como á las tres y ceno tarde.

—Pues bien, entonces cenaremos, replicó Barrás.

Y dió mis señas á Talma.

He retrasado cuanto he podido, mi amado Jacobo, llegar al momento en que tengo que hacerte una confesion terrible, con la que concluiré este manuscrito, que tal vez llegue á tus manos algun dia.

Cuando habia alguna fiesta en mi casa, Barrás se encargaba de los preparativos. Nadie como él entendia todo lo concerniente á las